



EL BARCO
DE VAPOR

El mensaje de los pájaros

Joan Manuel Gisbert

PREMIO EL BARCO DE VAPOR 2000

Ilustraciones de Fabiola Correas



Primera edición: mayo de 2001
Decimotercera edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Joan Manuel Gisbert, 2001
© de las ilustraciones: Fabiola Correas, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9165-1
Depósito legal: M-95-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

● 1

GRACIÁN, UN REY POBRE

CADA MAÑANA, cuando la luz de un nuevo día le abría los ojos, el rey Gracián recordaba lo pobre que era. Su pequeño reino de bosques y montañas estaba casi despoblado. Apenas tenía más súbditos que los animales que vivían en ellos.

Le quedaban muy pocos soldados. Los más jóvenes se habían ido para ofrecerse a otros reyes y señores que pagaban bastante mejor. Solo tenía ocho guerreros, y eran casi tan mayores como él. Ya no se atrevían a montar muy a menudo a caballo por temor a lastimarse. Se pasaban buena parte de las horas durmiendo. Tampoco tenían mucho que hacer. Nadie quería atacar aquel apartado castillo en el que no había nada de gran valor o interés.

Los tres criados que aún vivían allí solían perderse por los pasillos y se escondían en las habitaciones oscuras y vacías para no ser vistos. Las telarañas formaban velos en los ángulos de los techos.

El polvo cubría las salas y los muebles. La vajilla de plata estaba sucia y deslucida, y el poco oro de palacio, de tan triste, parecía latón.

El cocinero real se había vuelto descuidado y solo preparaba platos apresurados y sosos que hacían perder la ilusión de comer. El jardinero dejaba que los árboles y arbustos de los patios crecieran a su antojo, y nunca se acordaba de podarlos. Tenía todas las semillas mezcladas. Por ello le salían las flores más inesperadas.



Ya no había músicos ni juglares en la pobre corte del rey Gracián. Preferían actuar en otros castillos y palacios, o en plazas públicas donde ganaban buenos puñados de monedas con sus vistosas y alegres funciones. Aquel humilde rey tampoco tenía ya ministros o consejeros. Viendo que no había nada importante sobre qué aconsejar, habían preferido ofrecer sus servicios a otros príncipes, o a barones, duques o arzobispos. Algunos estaban con el Duque Negro, que era un siniestro y despiadado personaje.



Pero el rey Gracián no se sentía triste por eso. Sabía que era un monarca pobre, y lo aceptaba. Lo que más le gustaba era pasear por las almenas y los patios del castillo y, sobre todo, por los frondosos bosques que lo rodeaban, para observar a los bellos pájaros, admirar los colores de sus plumas y deleitarse escuchando sus trinos, gorjeos y cantos. En ellos encontraba la belleza más sencilla y agradable, la armonía más pura, la mejor música del mundo.

Los pájaros de los bosques eran sus súbditos predilectos. Y también, debido a su soledad, sus mejores amigos. Pero había un inconveniente. A causa de la edad, Gracián se cansaba mucho caminando por el bosque. Sus paseos eran cada vez más cortos, y también los ratos en que podía disfrutar viendo y escuchando a los pájaros.

Eso lo entristecía más que ninguna otra cosa.

● 2

EL BUHONERO DE ANATOLIA

UNA TARDE llegó al castillo un viejo buhonero que iba en un carromato del que tiraban unos cansados caballos.

El hombre tenía los ojos rasgados y un rostro de líneas orientales. El carro estaba lleno de objetos y curiosidades de muy diversas clases. Intentó venderles algo a los soldados, pero no le quisieron comprar nada.

El rey Gracián, movido por la curiosidad, bajó al patio de carruajes. El visitante se inclinó ante él y se presentó diciendo:

–Soy un buhonero que siempre ha vivido de la venta, de aldea en aldea, de lugar en lugar. Hoy aquí, mañana allá. He recorrido más de treinta países en estos últimos años. Pero ya soy demasiado viejo para seguir llevando esta vida de mercader ambulante. Voy de regreso a la lejana aldea de Anatolia donde nací. Este será mi último viaje. Llevo ya mu-

cho retraso. Necesito aligerar el carromato. Vendo a buen precio lo que me va quedando. Me gustaría que me hicierais el honor de adquirir alguno de mis artículos. Son objetos bellos, a veces útiles; algunos, únicos en el mundo. Seguro que algo de lo que os mostraré merecerá vuestro interés. Pero, si no es así, me retiraré enseguida y suplicaré vuestro perdón por haberos molestado en vano.

Gracián estuvo un rato examinando los objetos colgados a ambos lados del carromato. Luego revolvió con las manos entre los muchos que se amontonaban en el interior del vehículo.

El buhonero no había exagerado. La mayoría de sus artículos eran raros y atractivos, cosas nunca vistas. Tenía bonitos molinillos de viento que al dar vueltas sonaban como cajas de música. Pergaminos con misteriosos paisajes pintados que parecían distintos cada vez que alguien los miraba. Relojes de arena que funcionaban al revés. Lagartos disecados cuyos ojos se abrían y cerraban de vez en cuando. Guantes a los que, al ponérselos, les salían cascabels de las puntas de los dedos. Sonajeros que imitaban el sonido de la lluvia en los bosques. Pañuelos, sutiles como velos, impregnados del aroma de flores casi imposibles de encontrar. Frascos con perfumes para las distintas horas del día y de la noche. Cajitas con cremas para la finísima piel de los pár-

pados. Sandalias y babuchas para caminar con pies ligeros por pasillos interminables...

Al rey Gracián le gustaba todo. De buena gana habría comprado el carro entero. Pero no podía gastar tanto en caprichos. Apenas si le alcanzaba para pagar a los pocos soldados y servidores que aún estaban con él. Al fin decidió:

«Me daré el gusto de quedarme con una de estas cosas, solo con una. Ahora bien, ¿cuál voy a escoger? Todas son muy sugestivas. Será difícil decidirse».

–¿Os habéis fijado en esto, señor? –dijo el buhenero señalando algo casi invisible que colgaba de un alambre que iba de lado a lado en el interior del carronato.

–Casi no lo veo –repuso Gracián–. ¿Qué es?

–Una red de finísimos y resistentes hilos de plata. Es casi invisible. Solo se ve bien cuando el sol le da de lleno.

El rey la rozó con las yemas de los dedos y preguntó:

–¿Para qué sirve?

–Para capturar los más bellos pájaros, señor, y los de más exquisito y sugestivo canto.

–Los pájaros son mi afición favorita –reconoció Gracián.

–Esta red los atrae como un imán. Da resultado, señor. Yo mismo lo he probado.

Gracián empezaba a tener una idea, pero ante todo quiso saber:

–¿Es muy cara?

El buhonero le dio una respuesta sorprendente:

–No os pediré monedas ni ningún objeto de valor por ella. No tendréis que darme nada.

–¿Cómo, pues, podré pagar? –preguntó el rey, extrañado.

–Ofreciendo techo y protección a un muchacho muy joven, casi un niño aún.

–¿Un niño? No hay niños por aquí. Hace años que no he visto ninguno –aseguró con tristeza.

–Pues me encontré a uno hace unas semanas, una tarde de lluvia. Iba solo y perdido por los caminos. Llevaba un zurrón con catorce flautas. Sabe tocarlas de maravilla. Le dije que se viniera conmigo, y aceptó. Pero hace unos días se adentró en el bosque y no lo volví a ver. Estuve tres días esperándolo y buscándolo, sin resultado. Se habrá perdido otra vez. Pero antes o después, supongo yo, sabrá volver. Lo malo es que no puedo quedarme a esperar. Tengo que proseguir mi largo viaje de regreso a Anatolia. Por tanto, os ruego, señor, que si vuestros soldados o criados lo encuentran, o él aparece por aquí, le deis amparo.

–¿Cuál es el nombre del muchacho?



–Creo que me dijo que se llama Magrís. Pero sus catorce flautas lo hacen inconfundible. No creo que haya otro como él.

–Ten por seguro, mercader, que si aparece por aquí o lo encontramos, se le ofrecerá techo y comida.

–No esperaba menos, señor. La red de hilos de plata es vuestra. Con ella conseguiréis los pájaros más prodigiosos, no lo dudéis. Y ahora, debo irme. Ya empieza a oscurecer.

Al buhonero pareció entrarle mucha prisa. Se subió al carro, tomó las riendas de los caballos y los animales emprendieron la marcha por sí mismos.